

**REY
DESNUDO**
REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Lucía Abattista y Daniel Badenes, *El diario de los chicos. Una experiencia revolucionaria de comunicación en 1973* (Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2022).

Agostina Gentili

*Facultad de Artes y Facultad de Ciencias de la Comunicación –
Universidad Nacional de Córdoba
agosgentili@gmail.com*

*Fecha de recepción: 06/11/2023
Fecha de aprobación: 10/11/2023*

El *diario de los chicos* fue un diario para niños y niñas de las escuelas de todo el país desarrollado desde el Departamento de Comunicaciones Sociales del Ministerio de Cultura y Educación de la Nación entre 1973 y 1974. La idea original había sido de Marta Dujovne. Ella pensaba que los chicos tenían derecho a estar informados, que la política, la economía y la cultura no eran solo “cosa de grandes” y por eso era necesario que existiera un diario pensado para ellos, con un lenguaje sencillo, imágenes atractivas y un contenido que los interpelara como sujetos activos de lectura y conocimiento. La ocurrencia había nacido a mediados de los años 60 de su propia experiencia de maternidad: la interacción con su hijo pequeño y sus amigos le recordó sus primeras lecturas infantiles de la prensa, en las que siempre debía preguntar qué significaba esto y aquello. Para hacer el diario convocó a su amigo Lorenzo

“Lolo” Amengual, dibujante y diseñador. Juntos presentaron la propuesta al ministerio. Les dijeron que sí y *El diario* pasó de la idea al papel. Ese movimiento fue un proceso intenso e incierto, divertido y próspero, pero sin final feliz. Eso es lo que trasmite el libro de Lucía Abbattista y Daniel Badenes sobre la historia de este experimento de comunicación y educación que fue *El diario de los chicos*: desafío y diversión, con una cuota altísima de creatividad y polenta para que se hiciera realidad, en medio de una coyuntura caliente y vertiginosa que culminó en clausura autoritaria.

El libro es una reconstrucción del derrotero de ese objeto de la cultura desde su propulsión en 1973 a su fin abrupto en 1974, sustentada especialmente en entrevistas y archivos personales de sus protagonistas. La contextualización histórica, la edición y la comunicación son tres focos a los que esa reconstrucción presta especial atención, en clara sintonía con las pertenencias disciplinares de su autora y su autor. Lucía Abbattista es profesora y magíster en Historia y estudió la relación entre política, cultura y memoria durante la Guerra Fría, preguntándose por el giro conservador y reaccionario que Oscar Ivannisevich imprimió a la gestión de la cartera nacional de educación durante la tercera presidencia peronista¹. Daniel Badenes es Doctor en Ciencias Sociales y profesor de Historia de los Medios en la Universidad Nacional de Quilmes. Realizó aportes al estudio de la edición independiente en Argentina y desde el enfoque de la historia intelectual – tan dinámico en la Universidad en la que trabaja– investigó proyectos editoriales de medios de comunicación popular en los 60 y 70 en América Latina².

Esa historia intelectual parte de una premisa que comparte con el libro: pensar a los textos en sus circunstancias, en el cúmulo de prácticas que pueden suscitar: escritura y lectura, impresión y circulación, reseña y comentario, censura, archivo y destrucción. El libro tiene entre manos un objeto que condensa buena parte de los hilos que tejieron esa coyuntura histórica y se organi-

1 Lucía Abbattista, “Revisión de tesis Justicialismo y cultura en la Guerra Fría: El retorno de Oscar Ivanissevich al Ministerio de Cultura y Educación (Argentina 1974-1975)”, *Aletheia*, vol. 11, no 22 (2021).

2 Daniel Badenes, comp. *Editar sin patrón. La experiencia política-profesional de las revistas culturales independientes* (La Plata: Club Hem, 2017), Daniel Badenes y Verónica Stedile Luna, comps. *Estado de feria permanente. La experiencia de las editoriales independientes argentinas, 2001-2020* (La Plata: Club Hem, 2019) y Daniel Badenes, *Mapas para una historia intelectual de la comunicación popular. Ideas, contextos y prácticas editoriales de los 60 y 70 en América Latina* (Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de la Plata, 2020).

za en diez capítulos temáticos que abordan esa apuesta en clave de protagonistas y colaboradores, contenido y forma, ámbitos y saberes, desafíos y detractores.

En el primer capítulo, *Prohibido no participar*, conocemos a su artífice y el contexto familiar y cultural en el que surge la idea de *El diario*. Marta Dujovne era hija de la inmigración. Su madre había nacido en el Imperio Ruso en 1910 y su padre en una colonia judía de Entre Ríos. Ambos eran profesionales y prósperos, él constructor, ella psicoanalista, de ideas progresistas y con una fuerte cultura de la lectura. Era a ellos a quienes Marta preguntaba por las palabras que no entendía en los diarios: “quincenal”, “CGT”, “yacimiento”. A los 16 años comenzó a estudiar Letras en la Universidad de Buenos Aires y tres años después entró a trabajar en el Museo Nacional de Bellas Artes. Era 1960 y su trayectoria expresaría puntos nodales de la modernización sociocultural del momento: separación y vida profesional activa como docente universitaria, guía de museo e historiadora del arte, con producciones para el Instituto Di Tella, faro indiscutido de la experimentación artística donde Marta conoció a Víctor de Zavalía, un realizador audiovisual que en 1969 se convirtió en su compañero para toda la vida. Víctor era amigo de Lorenzo Amengual, el futuro dibujante y diagramador de *El diario de los chicos*. Con la asunción de Héctor Cámpora en 1973, José Bel Gelbard fue nombrado Ministro de Economía. Gelbard era dirigente de la Confederación General Económica como lo había sido el padre de Marta y fue quien propició la reunión que dio el puntapié inicial al proyecto.

Ámbitos y redes de contactos aparecerán de modo recurrente entre las condiciones que hicieron posible *El diario* como un proyecto de *Comunicación para la liberación*. Así se titula el segundo capítulo, en el que conocemos las ideas de época en torno al rol de los medios de comunicación masiva en la política educativa y la etapa de experimentación y producción de contenidos bajo la gestión de Andrés Zavala en el departamento de comunicación. Con la aparición de cada personaje, Lucía y Daniel ofrecen presentaciones cargadas de sentido. Andrés era un joven de 27 años que había estudiado derecho, pero se había dedicado al periodismo y a la militancia. Con un paso inaugural por una organización juvenil vinculada a la resistencia a inicios de los 60 y con una participación activa en organizaciones gremiales de prensa, desemboca en Montoneros y en su cargo de gestión pública, en reconocimiento por su manejo periodístico de temas educativos. El capítulo se detiene en la conformación del equipo de trabajo del

departamento, expresión cabal de los ámbitos de la renovación cultural y la politización de la vida pública en esos años, al que los autores definen como un *dream team* que hacía pensar que todo sería posible. Con la renuncia de Cámpora se inicia un proceso de “depuración” gubernamental en el que el Ministerio de Educación es una excepción. Las expresiones progresistas y de izquierda perviven en sus puestos, agazapadas detrás del ministro Jorge Taiana. Sus iniciativas en ese contexto adverso no perdieron vitalidad.

El capítulo tres lleva por título *Un periódico ilustrado* y está dedicado a Lorenzo “Lolo” Amengual, el creador del diseño gráfico de *El diario*. Él también era hijo de inmigrantes —italianos y españoles en su caso— y provenía del interior: nacido en Marcos Juárez provincia de Córdoba en 1939, de niño estudió en la Escuela Provincial de Bellas Artes de Villa María y de grande Arquitectura en la Universidad Nacional de Córdoba. Siendo estudiante dibujó para la Kaiser recién instalada en la ciudad y trabajó en el Canal 10 universitario recientemente inaugurado. Se hizo diseñador en la práctica años antes de que el diseño se aprendiera en escuelas. El golpe de Onganía en 1966 clausuró su espacio de trabajo en la televisión y en la Facultad de Arquitectura donde era docente. Entonces le propusieron dirigir en Buenos Aires el arte de la revista *Confirmado*, expresión de la renovación periodística de la época, y Lolo migró a la gran ciudad, que le tendió manos amigas de figuras emblemáticas de la cultura: la escritora Sara Gallardo en la redacción de la revista, el arquitecto devenido actor Jorge Bonino en el Di Tella, con quien compartió escena en 1968. Desembarcó en la agencia Cícero Publicidad, otro faro de la innovación que le alumbró nuevas oportunidades, como diseñar en 1971 la tapa del primer disco de Les Luthiers. Fue trabajando para esa agencia que conoció a Víctor de Zavalía, quien sería la pareja de Marta y el puente entre ambos para hacer *El diario*. Por entonces Amengual estaba colaborando en proyectos editoriales entre los que se encontraba una reedición de los cuatro números de *La edad de oro*, un periódico para chicos creado por José Martí en 1889. En 1972 dibujó también para *Satiricón*, la revista icónica del humor gráfico argentino. Con esa trayectoria Amengual es contratado como diseñador e ilustrador de *El diario de los chicos* e invita a formar parte del equipo a su colega y amigo Jorge León Limura.

En *Primeras impresiones*, el cuarto capítulo, conocemos su recepción pública. El diario fue bienvenido en medios como *La Razón*, *La Opinión* y *El Cronista Comercial*, con crónicas de su evento

de presentación, descripciones de su contenido, entrevistas a sus realizadores y elogios a la participación infantil que se esperaba suscitar. Medios liberales y conservadores como *La Prensa* pusieron en duda que fuera un diario y criticaron su falta de objetividad por la presencia de notas sobre las elecciones y el rol protagónico de Perón en ellas. El nacionalismo católico de *Cabildo* aprovechó la crítica al proyecto para zanjar sus diferencias con el ministro de educación y lo propio hizo la derecha peronista en *El Caudillo* con sus contrincantes dentro del propio movimiento, con un tono más agresivo que escaló hasta las amenazas de muerte.

Esa presencia pública despertó un interés anticipado entre sus principales destinatarios cuyas opiniones no tardaron en llegar. Lo hicieron incluso antes de que *El diario* llegara a las escuelas. Marta aún conserva las cartas de maestros solicitando que les enviaran ejemplares. De su primer arribo a destino se ocupa el capítulo cinco, *El diario en la escuela*, y lo hace con el mismo tono de entusiasmo y participación que transmiten esas interacciones. Los primeros maestros escribieron celebrando la iniciativa y ofreciéndose a colaborar para que el diario llegara más y mejor. Ese ofrecimiento tocaba un punto delicado de la apuesta: la distribución en más de 20 mil escuelas. El desafío del envío implicaba incluso saber cuáles eran, porque no existía un listado y menos aún con direcciones postales. ¿Y cuántos chicos y chicas había en los 6° y 7° de esas escuelas? Marta no ha dejado de imaginar las maldiciones que ha de haberle dedicado el personal administrativo de la repartición el verano de 1974 cuando tipeó 40 mil etiquetas con el destino de los envíos. Con el número cero, de prueba, llegó también una carta destinada a la dirección de cada escuela en que se pedían informes, opiniones y sugerencias que les ayudasen a saber si la propuesta se ajustaba a las necesidades de estudiantes y docentes. Más deporte, más participación del interior, pulgares arriba para el tratamiento actualizado de la historia y la participación de alumnos y alumnas con sus propios escritos, y sugerencias de columnas sobre el uso del tiempo libre, con temas de electricidad, herrería y carpintería para los chicos y decoración, cocina y bordado para las chicas. Esa correspondencia llegó de casi todas las provincias del país y parece un tesoro para quien quiera indagar la realidad de las escuelas desde la perspectiva de sus protagonistas. Las opiniones de maestros también se vertieron en una larga encuesta diseñada por Marta con la ayuda de una amiga socióloga que daba clases de metodología y trabajaba en el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. De sus respuestas solo se conservan tres ejemplares

pero sus preguntas dan cuenta de la centralidad que ocupaba la preocupación por el tono y el tipo de lenguaje del diario: ¿era adecuado para despertar el interés y propiciar la lectura autónoma de chicos y chicas de 10 a 13 años? Para que así fuera, sumaron al proyecto al maestro Pablo Medina, a quien el capítulo le dedica su último apartado señalando los rasgos que hicieron de él un colaborador sensible y calificado: oriundo de Corrientes, se inició como docente rural en el Chaco, donde había hecho con sus alumnos un periódico escolar. Luego obtuvo una beca para estudiar Educación Física en San Fernando, provincia de Buenos Aires, para volver una vez más al Chaco, en esa ocasión a una escuela de estudiantes tobas en la que conoció las narraciones orales de la región e inició un largo y sostenido recorrido en y sobre literatura infantil, con talleres y distintos proyectos pedagógicos y editoriales. En 1973 estaba trabajando en una escuela en Buenos Aires, en un proyecto sobre bibliotecas escolares y era un militante gremial activo. Traía años de procesos no convencionales de enseñanza y aprendizajes, pensando en el modo en que los niños y las niñas aprenden y en los desafíos de quienes enseñan cuando convirtió en asesor de *El diario* y colaboró en el desarrollo de contenido que diera lugar a la voz de los niños.

Los chicos toman la palabra es el sexto capítulo, destinado a las distintas formas en que el periódico propició la participación infantil. El proyecto lo tenía previsto desde el primer número y se concretó en el cuarto, y último, con dos páginas en las que escribieron sobre el mundial de fútbol. También estaba planeado un correo de lectores y los números de prueba incluyeron cuestionarios para conocer sus intereses e inquietudes y una sección exclusiva de ellos titulada “Los chicos opinan”. Para Lucía y Daniel, esa búsqueda de participación infantil era parte de un clima de época que imbuía otras iniciativas del ministerio —como la de materias cuyo contenido podía alimentarse de propuestas de las propias comunidades escolares—, con la particularidad de encaminarse hacia la propia voz de los chicos. Esa voz aparece en este capítulo y encontrarla produce un gran regocijo, con probabilidades ciertas de soltar alguna carcajada. Entre otros de sus impulsos a la participación infantil, *El diario* reivindicó los periódicos escolares —de larguísima tradición en el país—, se propuso como un canal de comunicación entre ellos y le dedicó un espacio a noticias del rubro titulado “Chicos periodistas”, donde convocó a una muestra del género y publicó la entrevista a Taiana realizada por un grupo de estudiantes secundarios. Otro gran impulso participativo fue la encuesta que los chicos y las chicas podían recortar en una de

sus páginas para completar y enviar con sus pareceres sobre la propuesta. Les preguntaban sobre las notas que habían leído, si les habían gustado y porqué, si había contenido que no se entendía, si querían que la letra fuera más grande y qué otros contenidos querían encontrar. Marta conserva 265 de esas encuestas que llegaron de 14 provincias y muestran hoy un panorama sobre condiciones de vida y trabajo de los niños y sus padres, consumos culturales y prácticas de lectura, desigualdades regionales y percepciones infantiles sobre los primeros números del diario. Lucía y Daniel presentan los temas sin detenerse en el análisis de ese contenido que escapa a sus páginas pero que bien podría interesar a quienes se pregunten por la infancia, sus experiencias y percepciones. El libro no dialoga con este campo de saberes, pero es una muestra interesantísima del paso hacia una concepción de la infancia como sujeto activo y de la importancia de su participación en la vida pública, en un contexto en el que la infancia tenía una presencia central en los debates y las disputas políticas³. Los autores sí se detienen en algunas de las cartas que enviaron los chicos y el libro se carga de emoción.

La historia ocupa la escena en el séptimo capítulo, *Cambiar la historia*. Para Lucía y Daniel su lugar se destaca no solo porque el diario destinó dos secciones a temas históricos sino porque la contextualización fue la clave que propuso a sus lectores para la comprensión de los temas, en sintonía con esa coyuntura en la que la disputa por la interpretación del pasado ocupó un lugar crucial en los debates políticos sobre el presente y el futuro del país. Y así como recurrieron a una socióloga para diseñar las encuestas, también contaron con aportes historiográficos de primera línea y signo revisionista, una perspectiva ausente en los contenidos escolares que hizo aún más innovadora la propuesta. Novedosa y desafiante, porque se propusieron hacer divulgación histórica para niños a gran escala, en una combinación virtuosa entre el talento historiográfico, la pluma de editora y el ojo gráfico. Enrique Tandeter escribió un informe estupendo sobre la Vuelta de Obligado que Dujovne, Amengual y Limura convirtieron en una historieta. Con esa fórmula abordaron también las peripecias de los caudillos Felipe Varela y Ángel Peñaloza. América Latina ocupó un espacio entre esos contenidos y para los autores del libro allí estaba su mayor

3 Sobre infancia y política en esa coyuntura vertiginosa, ver Isabella Cosse, “La revolución de los ‘cabecitas negras’: infancia, política y sensibilidad en la izquierda peronista de los años 70”, en *Familias e infancias en la historia contemporánea. Jerarquías de clase, género y edad en Argentina*, comp. Isabella Cosse (Villa María: Edivim, 2021), 277-312.

originalidad porque situaba al país en el concierto del continente, su diversidad cultural y su pasado conflictivo.

El país en viñetas, el octavo capítulo, se ocupa de las historietas, un género en despunte que se convirtió en un recurso estético y expresivo fundamental de la apuesta pedagógica de *El diario*, la herramienta de la que se valieron para traducir a un público infantil masivo contenidos de calidad sin perder rigurosidad. Así lo muestra el análisis de algunas de sus piezas y sus procesos de creación, como la historieta “Santiago y su bosque”, sobre las inundaciones que Santiago del Estero había sufrido ese verano y su explicación a causa de la deforestación impulsada por el avance de la frontera agrícola, basadas en el informe del biólogo Raúl Gagliardi, a quien entrevistaron para el libro. Lucía y Daniel también se ocupan del momento historieta del período, esto es, de los debates académicos sobre ese género literario que produjeron uno de los *best seller* más importante del campo: *Para leer al Pato Donald*.

En el noveno capítulo, *La Quimantú que no fue*, conocemos una de las apuestas más desafiantes e infelizmente fallidas del área de educación: crear una editorial nacional. El título tiene una referencia regional que es también la clave del capítulo. Quimantú se llamó la editorial que creó Salvador Allende en Chile, a la que Lucía y Daniel analizan como expresión de un movimiento más amplio de expectativas de emancipación cultural latinoamericana. En Argentina, la idea de una editorial a gran escala se creyó posible con la nacionalización de Códex tras su proceso de quiebra y un período de autogestión obrera. El proyecto de expropiación había sido presentado al Congreso desde la propia cartera de educación y con sus tiradas de 90 mil ejemplares *El diario* había ocupado un lugar de peso. Pero no fue posible, ni la rotativa propia ni la continuidad del diario. Los problemas presupuestarios se volvieron irresolubles por el recrudecimiento de las tensiones al interior del gobierno. La polarización era extrema cuando murió Perón en junio de 1974. Desde el ministerio decidieron dedicarle un número de *El diario* pero Marta se negó porque era un planteo totalmente ajeno a la propuesta y “no era buena política”: “era hablarle a los propios”, “no había que hacerlo”. *El diario* logró sacar su segundo número y editar un tercero antes del arribo de Ivannisevich al ministerio. La nueva gestión exigió que fuera un periódico sin contenido informativo ni histórico y Marta pidió volver al Museo de

Bellas Artes mientras buena parte del plantel era amenazada, cesanteada, detenida o exiliada. También Marta terminó yéndose del país.

Pero los años oscuros no barrieron con todo y el libro cierra con aire limpio en un último capítulo titulado *Una nube clara en la tormenta* sobre las iniciativas de literatura infantil que emprendieron los protagonistas del diario durante su exilio y a su egreso –entre ellas La Nube, una librería icónica de Buenos Aires dedicada a producciones culturales para niños–, y un epílogo que reconstruye con alegría el encuentro azaroso con una copia del diario y el nacimiento de la idea de este libro que felizmente se hizo realidad. En la página de *Ahira* están todos los números de *El diario de los chicos*: vayan y vean, son hermosos.